

EL COMERCIO

Bartolomé Mitre

La República Argentina, señores, es la única nación sudamericana que no ha sido poblada por el aliciente de los metales preciosos, la única que no ha debido su formación, su desarrollo y su prosperidad gradual a esa magia del oro y de la plata encerrada en su seno que atrajo hacia las playas americanas la inmigración europea desde el descubrimiento del Nuevo Mundo. Méjico con sus ricas minas, el Perú con sus montones de oro, Chile con su plata, el Brasil con su oro y pedrerías, las perlas de las Antillas y Tierra Firme, las esmeraldas y los ópalos de Centro América, y más o menos todas las demás comarcas cuyos nombres se leen en el mapa de este continente, debieron su fomento y su origen a este género de riquezas de que nosotros carecíamos. Por mucho tiempo su riqueza fue medida por sus montones de oro, plata y piedras preciosas que hacían resaltar nuestra pobreza, mientras que hoy esos montones de brillantes son escoria de hornallas apagadas en comparación de las riquezas que el comercio y la industria ha creado y que ya el oro no puede medir por sí solo.

Nosotros los desheredados de esta lluvia de oro, no teníamos, ni aun las ricas producciones de los trópicos que convidaban a los nuevos pobladores con pingües ganancias. Llanuras cubiertas de malezas, encerradas entre montañas estériles, ríos sin piedra y terrenos caóticos que la limitaban, la colonización del Río de la Plata es un fenómeno digno de llamar la atención, porque es la única de la época del descubrimiento que en Sud América haya nacido y crecido pidiendo a la tierra únicamente el pan de cada día por medio del trabajo productor; la única que nació y creció en medio del hambre y de la miseria, no obstante de que al nacer fue bautizada con un nombre que sólo el porvenir debía justificar. El nombre del Río de la Plata fue una promesa brillante que el comercio se ha encargado de realizar.

Esta pobre colonia salvada por el trabajo después de proveer a las más primeras necesidades de la vida, estaba condenada a vegetar en la oscuridad y la miseria, y a perecer probablemente, si el comercio no hubiese venido a inocularle ese aliento de vida inmortal que aumenta la robustez de las sociedades a medida que el tiempo pasa. Pero el desarrollo del comercio era imposible dadas las leyes restrictivas que eran la base del sistema colonial de la Madre Patria. Cerrados sus puertos, estancados sus frutos, condenada a proveerse de los artefactos europeos atravesando por tierra toda la América meridional, nuestro sistema comercial era una violación de todas las leyes naturales, un desperdicio lamentable de fuerzas en que se gastaba la vida sin aumentar el capital social, era un orden de cosas en que al fin la colonia debía sucumbir estérilmente.

El comercio la salvó de la muerte y le infundió nueva vida, y cosa singular, las hostilidades que se dirigían contra la colonia para herir en ella la Madre Patria, fueron las que más directamente contribuyeron a restablecer el equilibrio de la ley económica, lanzando las producciones por los caminos trazados por la mano del Creador. Los muros de la Colonia del Sacramento, levantados para servir de protección al contrabando, sirvieron de asilo al comercio; allí se fortificó, allí enarboló su bandera y sostuvo el sitio contra el monopolio, hasta que al fin el comercio lanzado por sus caminos naturales llegó a ser una función moral para estos países, que no podía suspenderse sin comprometer su misma vida.

Los contrabandistas del mundo entero y las expediciones comerciales y militares de la Inglaterra al principio de este siglo, contribuyeron a derribar las últimas barreras del monopolio, hasta que vino la revolución y dio al comercio universal su carta de ciudadanía.

Bajo los auspicios de este noble origen, los hijos de esta tierra así como todos los comerciantes que se hallan aquí presentes, cualquiera el país del mundo en que nacieron, deben reconocerse como hijos de una misma madre fecunda y generosa. Sea que pertenezcan a la viril raza

anglosajona que ha dilatado la esfera de la actividad humana, sea que vengan de las regiones que los fenicios recorrieron inspirados por el genio del comercio, ya estén poseídos del espíritu mercantil de aquellas repúblicas italianas de la edad media, que desciendan de los industriosos flamencos o hayan levantado estatuas a un salador de arenques, llámense británicos, belgas, franceses, italianos, holandeses, alemanes, españoles, lusitanos o se hallen comprendidos bajo el nombre común de americanos, todos debemos reconocernos como hermanos.

Y no sólo debemos reconocernos como hermanos por el común origen y por haber sido todos alimentados por el mismo seno maternal, sino porque también todos profesamos la religión del deber bajo los auspicios de la austera y santa ley del trabajo común y solidario.

El comercio es un trabajo y un trabajo fecundo, que civiliza, enriquece y mejora la condición humana, participando del doble carácter de poder material y de grandeza moral que lo hace digno de admiración y respeto; y por eso he dicho antes que iba a hablar con mi corazón y con mis convicciones.

Por eso me inclino ante el comercio, no por sus innumerables naves mercantes que pueblan los mares del orbe, no por el valor de sus mercaderías, ni por el poder de sus capitales, ni por la multiplicidad de sus transacciones ni por el influjo real que tiene en el orden físico y político, sino por su influencia eficaz en el progreso humano, por su acción directa sobre el hombre considerado como ser moral y más que todo por el equilibrio que mantiene y las armonías que produce entre el mundo físico y el mundo moral.

El comercio es preconizado por unos y difamado por otros.

Es preconizado por aquello que tiene de más visible y vulgar, que es su influencia directa sobre la producción y la riqueza y sus resultados inmediatos sobre el bienestar de las sociedades y de los individuos; pero no todos se elevan a la ley superior que preside a su desarrollo, y a su acción latente, constante y poderosa sobre las conciencias.

Es estigmatizado como una condenación del egoísmo por sectarios de la moral que se creen espiritualistas porque hablan en nombre de una generosidad mal entendida al mismo tiempo que incurren en las aberraciones del más grosero materialismo. Para ellos el arte de comprar y vender es contrario a la ley de la caridad, sin acordarse de las severas palabras del Apóstol del Evangelio que hacía indigno del pan al que no trabajaba; y el bello ideal es para ellos la vida gratuita en el goce común de las riquezas adquiridas por otros.

Lo que más asombro causa y más atrae la atención de todos es lo que llamaremos la potencia mecánica del comercio, que remueve pesos, que equilibra masas, dirige fuerzas y hace funcionar máquinas complicadas de producción o de crédito. Lo que más cautiva la atención del pensador, cuando medita sobre los fenómenos trascendentales del comercio, es su función elemental, la que puede llamarse el principio generador de todo su mecanismo, es decir la compra y la venta de las cosas. Precisamente el comercio es grande y noble porque es el arte o la ciencia de comprar y vender, porque la compra y la venta es la evolución lógica y natural para producir riqueza, elaborar capital, aumentar la capacidad productiva del hombre, aumentando a la vez los goces intelectuales y morales, haciéndolo responsable ante las leyes de la creación y los fines para que lo destinó el Creador. Si las cosas no se comprasen y vendiesen, el hombre yacería en el aislamiento y la miseria y en la más deplorable abyección moral. Si los objetos no tuviesen valor venal, los cambios de los productos de la naturaleza serían estériles para producir el fenómeno de la capitalización, que es el fin del comercio.

En efecto, señores, no se puede crear riqueza sino arrebatándola a la naturaleza para ponerla al servicio del hombre, enriqueciéndolo a la vez; no se puede elaborar capital sino obrando sobre los elementos de la riqueza conquistada; y como no se adquiere riqueza y capital sino por el trabajo y el ahorro, no se puede conservar la una y fecundar el otro sino por transformaciones sucesivas que

hacen experimentar los cambios. Sin la compra y sin la venta, no se tendría nada durable, se consumiría todo lo creado y volveríamos a ser los esclavos de la desnudez y de la miseria de que fuimos redimidos por el trabajo. Sobre todo se paralizaría la acción activa y fecundante del capital circulante que es la gran palanca que maneja el comercio, y a que la compra y la venta da impulso, perpetuando y agrandando la rica herencia que se transmite de generación en generación, y a que está incorporado el trabajo y el sudor de los que nos han precedido en la tarea, por lo cual se transmite no a título de don gratuito, sino a condición de perseverar en la fatiga.

Sólo los que desmayan en la varonil tarea de la vida, sólo los que no tienen energía ni capacidad para producir, sólo los que esperan del esfuerzo ajeno lo que no pueden alcanzar por sí mismos, son los que pregonan la cobarde y vergonzosa teoría de los goces gratuitos no conquistados con el sudor de sus frentes.

Sería verdaderamente una calamidad y una ruina para la humanidad, si las cosas no se comprasen y se vendiesen y si todo se diese de baldo. Todos tendríamos un banquete diario tan espléndido como éste; los vinos generosos manarían de las copas y la humanidad engalanada y coronada de flores se entregaría a las delicias de una fiesta tan brillante como pasajera. ¿Qué sucedería después? Siendo la riqueza y el capital un resultado del trabajo acumulado por muchas generaciones, el día en que lo fuesen gratuito, se empezaría a consumir el capital creado sin reponerlo por nuevo trabajo y nueva elaboración, sin atesorar por medio del ahorro, y hasta que consumido todo el capital creado y acumulado, la fuente de la vida se agotase, el movimiento se paralizase y el hombre tornase a ser aquella especie de bestia del estado primitivo que fue civilizado por la división del trabajo, aquel esclavo de la naturaleza bruta que fue redimido por el capital acumulado, aquel ser vegetativo y sin valor alguno moral y material que merced a las dotes que debe a la labor no interrumpida, hoy domina la creación y se gobierna a sí mismo tan sólo porque compra y vende, es decir, porque tiene un valor intrínseco y porque da valor a las cosas, y con ellas crea y alimenta el capital social que es el principio de vida en la economía del género humano, como el capital circulante es su sangre.

Los hijos legítimos del trabajo podemos romper con mano tranquila y conciencia serena el pan de cada día en el banquete de la vida, penetrados de que obramos el bien y profesamos una doctrina sana y moral a la vez que digna de las almas fuertes, cuando elevamos el trabajo solidario sobre la holgazanería, y cuando abogamos en favor del mayor valor que el sudor y la inteligencia humana incorpora a los objetos que elabora y a la labor a que preside, cualquiera que sea su naturaleza.

Puede decirse que moralmente somos dos grandes convidados los que estamos representados en esta mesa: el comercio y la política. Por una parte los trabajadores de un período dado en la política según la ley de renovación de la democracia, es decir, los gobernantes, los administradores, los legisladores, los elegidos por el pueblo para presidir a la labor de una época, y a la par de ellos los soldados que han combatido en primera fila con la espada en pro de nuestros principios. Por otra parte los jornaleros de todos los días, los que trabajando para sí, trabajan para todos acrecentando la riqueza pública, los comerciantes que vienen a saludarnos al término de nuestra fatigosa jornada y nos brindan con la copa del festín, confundiéndose en un solo sentimiento, así los trabajadores del bufete como los trabajadores del escritorio, a la par de los trabajadores del campo de batalla.

Todos hemos sido trabajadores al servicio de la buena causa, y en las luchas contemporáneas en que todos hemos sido actores, se ha hecho sentir no sólo la acción eficiente del Gobierno a la par de la acción poderosa del capital, sino también la acción irresistible y benéfica de los principios profesados por unos y proclamados por otros, y practicados por todos en el nombre y en el interés de la libertad y la justicia.

En la guerra del Paraguay que ha terminado ya, o puede darse por terminada, ha triunfado no sólo la República Argentina en su capacidad política de Nación, no sólo la triple alianza en rei-

vindicación de sus derechos, sino también los grandes principios del libre cambio, que son los que vivifican el comercio. Para el comercio se han derribado también las fortalezas que amenazaban las cosas; para él también se han roto las cadenas que obstruían el río Paraguay; para él y por él también se ha conquistado la franca navegación de los ríos superiores; la libertad de comercio y la derrota del monopolio y la explotación de los pueblos por sus tiranos; como para él también se ha conquistado la paz presente y futura de estas regiones entre sí, dando mayores garantías al desarrollo del trabajo, que hoy puede contar con el tiempo y el espacio para ejercitar su acción.

En todas partes el trabajo representado por el comercio tiene que vencer resistencias y tiene que luchar valerosamente entre los combatientes de primera fila; pero entre nosotros sucede esto con mayor frecuencia, porque estamos todavía en el período del experimento y del desarrollo. Por eso, además de la corona de oliva que simboliza sus pacíficos triunfos, tiene también aquí su corona de laurel por los triunfos, que en su nombre, en su interés y por su acción más o menos directa se ha conseguido por otros con las armas de la civilización a costa de fatigas, peligros y sangre generosamente derramada.

Cuando nuestros guerreros vuelvan de su larga y gloriosa campaña a recibir la merecida ovación que el pueblo les consagre, podrá el comercio ver inscriptos en sus banderas victoriosas los grandes principios que los apóstoles del libre cambio han proclamado para mayor gloria y mayor felicidad de los hombres, porque también esos principios han triunfado.

Por eso brindo por la grandeza moral y material del comercio, por sus triunfos fecundos y pacíficos, por las conquistas hechas por las armas de la civilización en su interés y en su nombre, y como representante de sus principios por el distinguido comercio de Buenos Aires en particular, y el comercio argentino en general, acreedor a la doble corona que reverdece cada día regada por el sudor fecundante de los trabajadores.

[Discurso al comercio de Buenos Aires (21 de febrero de 1869). En: *Obras Completas*, XVI, Buenos Aires, 1959.]

El Gobierno de que fui jefe tenía la creencia de que el mejor sistema de inmigración era el espontáneo, promoviéndola por medios indirectos, preparando mientras tanto el terreno para que la semilla fecunda de la población importada así, prosperase mejor en nuestro país. Consecuente con esta idea fundamental, rechazó todas las propuestas de explotación y de primas que no respondían a ella, inaugurando el verdadero y único sistema que la ciencia y la experiencia han acreditado, obrando dentro del límite de sus facultades, sin necesidad de reducir a ley escrita lo que era una ley de la sociedad que se cumplía por sí, sin imponer al país mayores gravámenes y gastando muy poco, y ese poco distribuyéndolo equitativa e indirectamente en la masa de los inmigrantes. He aquí como se han obtenido los grandes resultados que predije al inaugurar mi administración y como se han realizado aun más allá de las previsiones.

Cuatro son las grandes corrientes de inmigración que de diversos puntos del mundo convergen al Río de la Plata; de Irlanda, Italia, España y Francia, sin que falte el elemento inglés, ni dejen de estar representadas la Alemania y la Suiza en el fomento de nuestra población y de nuestra industria. Estúdiese cuál ha sido la acción de esas corrientes humanas, que obedecen a fuerzas naturales, y se verá que sin su concurso estaríamos muy atrás en el camino de la prosperidad, y que a esa fuerza espontánea debemos más que a las meditaciones de nuestros sabios y a la inteligencia y previsión de nuestros legisladores.

A esto se debe otro fenómeno más singular aun, que prueba que no hay prima que pueda compararse con las ventajas que el país ofrece al hombre que confía en nosotros y en sí mismo, sin

necesidad de estímulos artificiales. Todos hemos visto llegar inmigrantes, sin más capital que su salud y sus brazos, que al día siguiente de llegar eran capitalistas, que tenían sólidamente asegurado su porvenir. ¿Cómo se operaba este prodigio único en el mundo? Por la demanda de brazos que nacía del aumento creciente de la producción y de sus valores. Así se han visto nuestros diarios llenos de avisos, pidiendo un medianero, un terciario, es decir, un socio, para interesarle en las ganancias del capital creado por otro; y se ha visto a los grandes propietarios y a los grandes criadores de ovejas ir al asilo de inmigrantes a buscar un hombre robusto y de buena voluntad para ofrecerle terreno, techo y alimento y ponerle al frente de una majada de dos mil ovejas, cuyos productos eran partibles entre el propietario y el inmigrante, irlandés por lo general.

A esta inmigración y a esta producción por ella fecundada, se debe igualmente la valorización de la tierra, que no hace muchos años apenas se pagaba a razón de 20.000 pesos la legua cuadrada a cincuenta leguas a la redonda de Buenos Aires. Hoy vale hasta un millón y medio y dos millones, y son por lo común los inmigrantes irlandeses los que pagan esos precios, porque enriquecidos por la cría de la oveja, trayendo consigo la pasión de la propiedad y deseando establecerse para siempre en el país que tan bien los recibió, contribuyen así a multiplicar el capital social por el aumento del valor de la propiedad; porque de los treinta mil ingleses e irlandeses que viven con nosotros, raros son los que se fijan en las ciudades: todos ellos habitan la campaña.

Hablemos ahora de los italianos.

¿Quiénes son los que han fecundado estas diez leguas de terrenos cultivados que ciñen a Buenos Aires? ¿A quiénes debemos esas verdes cinturas que rodean todas nuestras ciudades a lo largo del litoral, y aun esos mismos oasis de trigo, de maíz, de papas y arbolados que rompen la monotonía de la pampa inculta? A los cultivadores italianos de la Lombardía y del Piamonte, y aun de Nápoles, que son los más hábiles y laboriosos agricultores de la Europa. Sin ellos no tendríamos legumbres, ni conoceríamos siquiera cebollas como el campesino de Virgilio, porque estaríamos respecto de horticultura en las condiciones de los pueblos más atrasados de la tierra.

¿A quién se debe el fomento de nuestra marina de cabotaje y la facilidad y baratura de los transportes fluviales? ¿Cuáles son los marineros que tripulan los mil buques que enarbolan en sus mástiles la bandera argentina, y hasta los tripulantes de nuestros buques de guerra? Son los italianos descendientes de los antiguos ligurios, los compatriotas del descubridor del nuevo mundo, excluidos expresamente por este proyecto del beneficio con que se quiere brindar a otras razas, que cualesquiera que sean sus cualidades, no por eso han concurrido a nuestra labor como lo han hecho y lo hacen los genoveses.

Recapitemos los bienes que esta inmigración ha producido. Ha multiplicado el poder de reproducción de la especie, concurriendo al aumento de la población en proporción considerable, ha levantado de su postración la producción que constituye la base de nuestra riqueza, ha mejorado la agricultura, ha alimentado la navegación, ha dado mayor valor a la propiedad territorial, es el nervio del comercio como agente de reproducción y de consumo, constituye con sus depósitos la base de nuestros grandes establecimientos de crédito, promueve por sí la inmigración y la colonización espontánea sin gravamen del erario, y sin embargo, no es todo lo que ha hecho y hace. Además ha contribuido a perfeccionar el cultivo de la viña y la fabricación de los vinos en Mendoza, San Juan y La Rioja, el cultivo de la caña y la elaboración del azúcar en Tucumán, las curtiembres, la explotación de las minas y otras industrias en las diversas provincias de la República, y sobre todo esto, nos ha hecho ocupar el primer escalón en la América del Sur, el segundo en el mundo como campo de trabajo abierto a la raza humana.

No quiero decir por esto que excluyamos de nuestro programa de población las colonias que se forman por grupos de nacionalidades o afinidades espontáneas, siempre que esas asociaciones tengan por base la espontaneidad y la libertad; porque desde que llevan en sí esos gérmenes

fecundos, ellos serán nuestros hermanos desde el primer día, y sus hijos serán nuestros hijos con arreglo a nuestra ley que hace obligatoria la ciudadanía natural. La colonia galense de que hablé antes, la colonia inglesa de Córdoba, la colonia alemana de Baradero, las colonias suizas, norteamericanas, italianas y francesas de Santa Fe y Entre Ríos, fundadas sobre esa base, son modelos dignos de imitarse, porque pertenecen al orden de las colonizaciones espontáneas en que la acción del gobierno local sólo concurre con lo que es de uso común para nacionales y extranjeros, que es a lo que debe tender una buena ley de colonización que tenga por objeto conquistar el desierto para la civilización. Pero no hagamos de la inmigración artificial, como ahora se pretende, la base de nuestra población futura, y si tenemos medios como se dice, para emplear dos millones en comprar cien mil colonos, gastémoslos sin vacilar en beneficiar por igual la masa de cien mil inmigrantes que en breve acudirán cada año a nuestras playas, obedeciendo a la ley natural de la emigración y de la inmigración espontánea.

Entonces podremos inscribir en nuestra bandera de inmigración la famosa leyenda del sistema norteamericano: "Libertad y propiedad", y el último esfuerzo estará hecho y la última palabra estará dicha.

Mientras tanto, concurren irresistiblemente a su progreso y desarrollo, el suelo, el clima, las leyes económicas y hasta las leyes morales que Dios ha escrito en la conciencia humana, al hacerla libre, al dotarla de la voluntad deliberada y templar el alma con las fuerzas viriles que hacen la grandeza de las naciones y la felicidad de los individuos.

Las ideas artificiales y enfermizas que no se armonizan con estas leyes, sostenidas más bien por irreflexión que en odio a ellas, no conseguirán contener su expansión, y serán las piedras en medio de la corriente, que sólo servirán para poner en evidencia la fuerza viva que marcha en medio de las masas inertes que apenas producen la espuma que se disipa en el acto.

[Discurso en el Senado de la Nación (septiembre, de 1870). En: *Obras Completas*, XVI, Buenos Aires, 1959.]